

cometo esa inadvertencia, y te ruego que me disculpes! . . . Me parece que tengo derecho para pedirte ese favor.

Eug. Está bien.

Dav. ¿Y ya has arreglado todo lo necesario para ir al baile?

Eug. ¿El baile? No, todavía no.

Dav. ¡Perezosa! pues apresúrate mientras yo voy á hacer lo mismo, porque á las nueve prometiste estar en la casa de María.

Eug. ¡Es verdad!

(David se retira volviendo la cara y deteniéndose á cada paso para mirar á Eugenia. Al llegar á la 2ª pueria derecha, termina la vacilación de que ha estado poseído, y como resolviéndose, retrocede apresuradamente hasta Eugenia, cuya cabeza coje entre sus manos para besarla, soltándola bruscamente en el instante de ir á hacerlo.)

Dav. ¡No! *(Vase precipitadamente.)*

Eug. ¡Ah! *(Cae desplomada en el sillón cercano.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salón de descanso, profusamente iluminado, con dos puertas al foro, á través de las cuales se verá un patio con una fuente en el centro, rodeada de tiestos con madre selvas y otras plantas trepadoras. En el salón, espejos, cuadros, columnas, bustos, sofás, sillones, consolas, alfombra, candil, candelabros, todo de lujo y colocado con gusto.

ESCENA I.

D. RAMIRO.

¡Vaya una casualidad! ¡Ella aquí! Lo que yo menos me podía esperar en este baile. Después de cinco años en que casi había acabado por olvidarla, se me aparece derepente con su verdadero nombre, y casada nada menos que con el pintorcito de David, que tiene todo el descaro suficiente para traerla á una tertulia y presentarla como su esposa. ¡Y qué bien se habrán reído de mí los dos palomos! . . . Es claro, después de la partida que me jugaron. . . . pero ya, ya les arreglaré las cuentas.

ESCENA II.

D. RAMIRO Y ANTONIO.

- Ant. Querido D. Ramiro.
 Ram. Querido Antonio, ¿cómo vamos?
 Ant. ¿Qué diablos se hace usted por aquí tan solo? (Precisamente como yo lo necesitaba.)
 Ram. Ya lo vé usted, fastidiarme.
 Ant. ¿Fastidiarse?
 Ram. Sí, descansando de la fatiga y huyendo de ese alegre torbellino, donde tanto se baila y se divierte.
 Ant. ¿Ha estado usted muy contento de la fiesta?
 Ram. ¡Hombre, sí!
 Ant. ¿Y qué tal de muchachas? ¿Habrá hecho usted muchas conquistas, no es verdad?
 Ram. ¿Conquistas?
 Ant. ¿Y por qué no?
 Ram. Usted decididamente está de broma, porque de otra manera no puede comprenderse que quiera convertir en Cupido á un hombre que cuenta ya diez lustros bien completos.
 Ant. Pues, lo que soy yo, me he encontrado con una muchacha . . . ¡y qué muchacha!
 Ram. ¿Bonita, eh?
 Ant. Encantadora, y sobre todo novelesca!
 Ram. ¿Novelesca?
 Ant. Ya lo creo, si es todo un tipo, todo un personaje de comedia.

- Ram. ¿Y esta noche es cuando usted la ha conocido?
 Ant. No, no, señor, hace algún tiempo; sólo que estos últimos años la había yo perdido de vista enteramente.
 Ram. ¡Ah! ¡ah!
 Ant. (Es preciso que este viejo se ponga de mi parte.)
 Ram. (*Aparte.*)
 (¿A dónde irá á parar este muchacho?)
 ¡Conque decía usted que esa chica es una historia!
 Ant. Puede usted juzgarlo por sí mismo por este pasaje de su vida.
 Ram. A ver, oigamos.
 (*Se sientan.*)
 Ant. Figúrese usted que la joven á que me refiero vivía muy humildemente con su madre enferma en una casita de los arrabales, cuando un hombre, que probablemente era un gran filántropo, le propuso una de esas infamias que la generalidad de las mujeres no escuchan sin ruborizarse y sin estremecerse. La infeliz luchó por algún tiempo entre el amor de su madre y el sentimiento de la virtud; pero una noche la pobre señora se moría por falta de un mendrugo, y el cariño filial venció! El viejo vió cumplidos sus deseos.
 Ram. (Es Margarita, no me cabe duda.)
 Ant. El sacrificio fué inútil, porque la desgraciada, al acercar el pan de la des-

- honra á los labios de su madre, encontró que estaba muerta.
- Ram. ¡Pobre niña...! Pero, prosiga usted, que la historia está positivamente interesante.
- Ant. Pues bien; al verse sola y enteramente abandonada, la joven, sin experiencia, y arrastrada por las circunstancias, se dejó engañar por su miserable protector, que en vez de esposa la hizo su querida. Ante la sociedad, pasaba por su sobrina; pero ya usted comprenderá que no todas las cosas pueden ocultarse, y que al cabo y al fin se supo de qué naturaleza eran aquellas relaciones.
- Ram. Era de esperarse; ya lo creo.
- Ant. Un pobre artista, sin embargo, tomando la ficción de buena fe, se enamoró perdidamente de la chica, que no habiendo amado nunca, sintió por él una atracción simpática y desconocida. Así pasaron muchos meses; él engañado y cada vez más ciego, y ella ocultando un cariño que consideraba una locura. A cada instancia del amante, ella contestaba que prescindiera de un amor que jamás podría pagarle, eludiendo la respuesta franca, tanto por no darle un golpe demasiado rudo, como por no tener que sonrojarse ante sus ojos. Una noche, sin embargo, se lo dijo todo, esperando de esta manera disuadirle; pero, por el contrario.....

- Ram. El muchacho persistió en su idea.
- Ant. Y no sólo eso, sino que teniendo que partir para Italia en esos días, la víspera de su marcha se enlazó en secreto, y á la mañana siguiente desapareció con ella, dejando burlado al viejo, que se hallaba postrado por la gota, y al mismo tiempo á un pretendiente que tenía el capricho de arrebatarla y hacerla su querida.
- Ram. ¡Ah! ¿Conque había otro además del afortunado?
- Ant. Otro, á quien ella sólo contestaba con desprecios, sospechando tal vez sus intenciones.
- Ram. *(Bruscamente y levantándose.)*
¿Y todo esto, en resumidas cuentas, á qué viene?
- Ant. ¡Hombre! ¡Vaya una pregunta!
- Ram. ¿Usted conoce á todos los personajes de su cuento?
- Ant. ¿Y usted conoce á todos los individuos de mi historia?
- Ram. Yo á todos.
- Ant. Y yo también á todos.
- Ram. Ella es Margarita.
- Ant. Y él es David.
- Ram. Los otros dos.....
- Ant. Somos usted y yo.
- Ram. Tenemos la venganza en nuestras manos.
- Ant. Eso es precisamente lo que yo deseo.
- Ram. La sociedad está de nuestra parte.
- Ant. Eso era lo que yo pensaba.
- Ram. David es un artista que no sueña más

que con sus pinceles y su Eugenia,
y. . . .

Ant. Perfectamente, comprendo el plan de usted, y es el mismo que yo me había forjado.

Ram. ¡Bien! pues esta misma noche es necesario que reciba el golpe; y muy des-
preocupado y poco pundonoroso ha
de ser, si no se encarga él mismo de
vengarnos.

Ant. ¡Seguro! (¡Después ella será mía!)

Ram. ¿Qué decía usted?

Ant. ¡Nada! que lo demás de mi cuenta co-
rre; yo le aseguro á usted que será el
golpe de gracia.

Ram. ¿Qué es lo que piensa usted hacer?

Ant. Ahorre usted preguntas, y obremos
cada cual por nuestro lado. Cualquier
medio será bueno, si el resultado co-
rresponde á nuestros intereses.

Ram. Creo que nos hemos entendido, y no
sería malo. . . .

Ant. Poner manos á la obra, ¿no es verdad?
Pues hasta la vista.

Ram. Sí, querido Antonio, hasta la vista.
*(Antonio va á salir, y al llegar á una de las
puertas del foro, se detiene por Eugenia y Ma-
nuel que aparecen en ella.)*

Ant. *(Al verlos.)* ¡Ah!

ESCENA III.

DICHOS, EUGENIA Y MANUEL.

Man. ¿A dónde tan de prisa, Antonio? Se-
ñor D. Ramiro. . . . *(Saludándoles.)*

Ant. Vine á orear mi frente bañada de su-

dor por el cansancio, y vuelvo nue-
vamente al baile, para aturdirme en
su bullicio y en sus armonías. Si us-
tedes gustan. . . .

Man. ¡Gracias! Eugenia está un poco fati-
gada, y mientras. . . .

Ant. Entonces, ustedes dispensarán que
no los acompañe; pero en cambio D.
Ramiro hará mis veces.

Ram. Con mucho gusto.

Ant. *(A Eugenia.)* A los piés de usted.

(A Manuel.) Adiós!

ESCENA IV.

DICHOS, menos ANTONIO.

Man. Vamos, Eugenia, tome usted asiento,
y permítame que la presente á D. Ra-
miro, uno de los admiradores de Da-
vid, y que hace un momento me indi-
caba el deseo de conocerla.

Ram. ¡Señora!

Eug. ¡Caballero!

Ram. Usted me perdonará si cree un atre-
vimiento la indicación que hice á Ma-
nuel de que en la primera oportuni-
dad me presentara con la esposa de
uno de nuestros más célebres artis-
tas; pero yo soy así: cuando me en-
cuentro con una notabilidad, identi-
fico con ella todo lo que se la relacio-
na, y me agrada conocerlo.

Man. Y, más, cuando se trata de la compa-
ñera de trabajos y de estudios, como
en este caso, ¿no es verdad?

- Ram. Seguramente, basta con que á sus ojos se haya desarrollado y tomado vuelo el genio artístico de nuestro amigo, para que sobre su frente irradie algo de la gloria que á él le corresponde.
- Eug. ¡Señores!... (¡Qué situación tan espantosa!)
- Ram. Por lo demás, Manuel, convenga usted conmigo en que si la carrera del artista es un calvario, el calvario de David ha de haber sido muy dulce teniendo á su lado una esposa como Eugenia.
- Man. Sin duda alguna; un artista de corazón como David, necesitaba una joven virtuosa como Eugenia.
- Eug. (¡Dios mío!)
- Man. Yo lo digo por mi parte; en el caso de tomar estado, elegiría á cualquiera menos á una mujer indigna.
- Ram. (Con intención.)
¿Que le parece á usted, Eugenia?
- Eug. A mí.
- Man. Eugenia dice lo mismo que yo; y aunque su esposo sea tan soñador que defienda la rehabilitación y quién sabe cuántas otras utopías, yo me felicito de que ella se haya interpuesto en su camino, porque, así, le ha evitado una calaverada que le habría costado muchas lágrimas.
(Se levanta con naturalidad á recorrer los cuadros del salón.)
- Eug. (¡El no sabe. . .! ¡Qué suplicio!)
- Man. Yo quisiera que se hallara aquí para preguntarle si insiste todavía en sus

- opiniones; le pondría un paralelo para que juzgara, á ver si entonces me decía lo mismo.
(Durante la distracción de Manuel con un album que halla sobre una de las consolas, Eugenio y D. Ramiro sostienen apresuradamente el siguiente aparte.)
- Ram. ¿Qué respondes á eso, Margarita?
- Eug. ¿Quién le da á usted derecho para insultarme, caballero?
- Ram. Nada de escenas teatrales, que pondrían tu situación en peor estado.
- Eug. Pero, en fin, ¿qué es lo que usted quiere?
- Ram. Casi nada: hablarte á solas un momento sobre ciertas materias que tenemos atrasadas.
- Eug. ¡Imposible!
- Ram. ¿Cómo imposible?
- Eug. Yo no puedo ni debo acceder á un capricho semejante.
- Ram. Te advierto que si no lo haces por bien, lo harás por fuerza.
- Eug. Sería difícil que usted lo consiguiera.
- Ram. Yo pienso que es muy fácil.
- Eug. Manuel es amigo de mi esposo...y....
- Ram. Manuel ignora la verdad, y tú no serás tan necia que quieras descubrírsela.
- Eug. ¡Pero usted es un infame!
- Ram. Tal vez; mas como esto se va haciendo demasiado largo, es preciso que termine.
- Eug. ¡Por compasión!
- Ram. ¿No?
- Eug. Pues bien, no!

- Ram. ¡Perfectamente! ¡Tú quieres que Manuel, que te ve como una mujer digna y honrada, y que te llama Eugenia, te aplique lo que acaba de decir, y que reconozca á Margarita, que fué en un tiempo mi sobrina! Muy bien; ahora verás cómo eso se arregla conforme á tu deseo.
(Yendo hacia Manuel.)
- Eug. (Deteniéndole.) ¡Piedad! ¡Por última vez, piedad!
- Ram. ¡Vamos! Inventa cualquier pretexto para alejarle, y acabemos.
- Eug. ¡Pero, por Dios!
- Ram. Le suplicas que vaya á buscar á David, por ejemplo, y entretanto....
- Eug. Manuel.
(Á este.)
- Man. Eugenia.
- Eug. Voy á tomarme la libertad de inferirle una molestia.
- Man. Me dará usted un placer si en algo puedo servirla.
- Eug. Desearía que se tomara usted el trabajo de buscar á David y decirle que le espero aquí.
- Man. Será usted complacida en el instante.
- Eug. Entonces.....
- Man. Con el permiso de usted, vuelvo.
(Vase.)

ESCENA V.

EUGENIA, DON RAMIRO.

- Eug. ¡Y bien, caballero, concluyamos!
- Ram. Margarita, la casualidad ha hecho que

nos veamos al cabo de cinco años, y es fuerza aprovecharla para poner las cosas en su verdadero punto de vista. Tú creerás tal vez que al recogerte librándote de la miseria y del infortunio, no me impulsaba otro sentimiento que comprar de esa manera tus caricias; tú creerás que un viejo respecto de una joven no puede abrigar otra cosa que un capricho, y, sin embargo, Margarita, si tú no lo adivinaste, la verdad era que yo, inconstante por naturaleza, había sentido despertar en mi interior algo que tu presencia y tus miradas hicieron conmover y estremecerse. A fuerza de cariño, pensé hacerte olvidar mis años; confiaba en que tendrías compasión del pobre viejo, y que acabarías por amarle. . . . y me sonreía á solas, acariciando en mi alma esa ilusión. Yo confieso que mi edad y las circunstancias en que me conociste debieron obligarme á desecharla; pero hay casos en que el hombre se empeña en una idea, y se encuentra capaz hasta de escalar el cielo. Mi alma soñaba en que llegaría á destruir la barrera interpuesta entre nosotros; y mientras, un extraño venía y me lo arrebatava todo, absolutamente todo. Tú me dirás que un hombre puede comprarlo todo en una mujer menos el alma; tú me dirás que el oro no te constituía en la obligación de amarme; que yo

no tengo derecho para quejarme contigo, ni para pedirte cuentas; más todavía, me dirás que en vez de una deuda de gratitud, abrigabas hacia mí todo el aborrecimiento de una mujer al que la ha perdido; norabuena, Margarita, pero el verdadero amor es exigente, y si tú no me has perdonado tu desgracia, de la que yo te habría salvado, amándome, yo tampoco he podido ni puedo perdonarte que de un golpe mataras todos mis delirios y mis esperanzas. Hace un instante me decías que era un infame: pues bien, sí, seré un infame, pero no es á mí á quien debes culpar de que lo sea, sino á la fatalidad que ha hecho nacer en mí esta pasión terrible y egoísta. Por lo demás, ¿crees tú que pueda yo resignarme á que un hombre me arrebatase lo que yo había divinizado, lo que yo había colocado en un altar para adorarlo? No, Margarita, no! Yo te he amado, te adoro todavía, y es necesario que tú me ames.

Eug.

¡Imposible!

Ram.

¿Y por qué ha de ser imposible?

Eug.

Porque mi alma es de David, y mis deberes.....

Ram.

¿Tus deberes?..... ¡No! No son ni tu amor ni tus deberes los que te retienen al lado de tu esposo; porque si tú le amaras, por él mismo, sin que tu propio interés tomara parte, comprenderías los sufrimientos que le tortura-

rán mañana, cuando la sociedad te vea á su lado, no con la frente altiva y orgullosa de la mujer sin mancha, sino con la frente humillada de la mujer que ha cometido una falta; comprenderías que él se ruborizará de tu vergüenza cuando el velo de tu pasado llegue á descorrerse, y que acabará por maldecirte al ver encadenado su porvenir al poste de su deshonra. Tú quieres permanecer á su lado, no porque la obligación te lo prescriba, sino porque en la fiebre del cariño, te olvidas de un deber que exige que te apartes, que te alejes para dejarle libre y respetado.

Eug.

(Estallando) ¡Dios mío! Pero ¿por qué me dice usted todo eso?

Ram.

Porque es preciso que veas la situación tal cual ella se presenta, porque es preciso que palpases ese doble porvenir que se te aguarda: ó el remordimiento y el hastío, viviendo con tu esposo, ó el sacrificio y la satisfacción, anteponiendo á todo su felicidad. Por otra parte, si tú no puedes vivir sin sus caricias, ¿crees que tenga para tí caricias el hombre que mañana te mire constituida en su verdugo? ¡No, Margarita! ¡Aún es tiempo de salvar á David y á tu conciencia! Una separación puede hacernos dichosos á los tres..... al que amas..... al que te ama, y á tí misma.

Eug.

¡Está bien ... yo.....

32684

32684

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
INDO. 1635 MONTREY, MEXICO

- Ram. ¿Accedes? ¿Te resuelves? ¡Ah! ¡Gracias, gracias!
- Eug. No, eso; nunca!
- Ram. ¿Qué es lo que dices? Rechazas mi cariño y mis promesas?
- Eug. Sí.
- Ram. ¿Las rechazas?
- Eug. Las rechazo.
- Ram. Es decir que.....
- Eug. Nada puede haber de común entre nosotros.
- Ram. Por última vez, piénsalo.
- Eug. Ya lo he pensado.
- Ram. Más tarde tal vez no haya remedio, mientras que ahora una sola palabra tuya puede evitar mayores resultados.
- Eug. He dicho ya que no.
- Ram. Enhorabuena: me retiro... ya no volveré á molestarte ni con mi presencia. ¡Hasta luego, Eugenia! ¡Hasta luego, Margarita!

ESCENA VI.

EUGENIA.

¡Miserable! ¡Cómo pudo pensar que yo consentiría! Ah! Si sólo el recordarlo me da miedo!.... (Pausa) ¡Qué suplicio! ¡David!..... mis deberes!.... mi pasado!... No, yo no tengo derecho á esperar que la quietud y la calma vuelvan otra vez á sonreirme. Antes, yo no sufría más que en mis horas de reconcentración, cuando poniéndome

frente de mí misma, encontraba en vez del semblante de la niña, un semblante que me hacía bajar los ojos de vergüenza; pero llegaba David, y con sus alhagos me hacía olvidarlo todo! ¡Sus caricias....! Ay! ¡Ya esta tarde sus labios han pronunciado el nombre de Margarita!.... Y.... mañana....? Dios santo! yo no quiero que él me acuse de su desgracia.... Sufriré yo sola; pero no mancharé su nombre con el mío; no le pagaré con un infierno el paraíso que me ha dado. Serían una vileza y una suprema ingratitud. ¡Antes la muerte!

ESCENA VII.

EUGENIA, MARÍA y ANTONIO.

- Ant. (En la puerta.) Manuel decía bien, aquí está Eugenia
- Mar. En efecto, Antonio. Gracias.
- Ant. (¿Qué habrá sucedido con Don Ramiro?)
- Mar. Que no sea yo causa de que usted desaproveche estos instantes. Le he distraído en medio del baile para inferirle una molestia, y si desea volver....
- Ant. ¿Me concede usted permiso? [Así verá al viejo.]
- Mar. ¡Por supuesto, y gracias!
(Vase Antonio.)

ESCENA VIII.

EUGENIA Y MARÍA.

- Mar. ¡Querida Eugenia! Pero... ¿qué tienes? ¿qué te pasa? ¿por qué lloras?
- Eug. ¡María!
- Mar. Vamos respóndeme, ¿qué tienes? ¿acaso estás enferma?
- Eug. ¡Nada, no tengo nada! ¡Vete, vete!
- Mar. ¿Que me vaya? ¿y por qué quieres que me vaya? No comprendo...
- Eug. *(Sollozando.)* ¿Sabes tú quién soy yo?
- Mar. La compañera más querida, la amiga de mi corazón.
- Eug. ¡No, María! Yo soy la mancha que se extiende, el pantano que lo infecta todo, y que lo mata todo... soy la hija del infortunio, que no puede dar más que infortunio... la pobre criatura que no tiene derecho ni al amor, ni á la amistad, ni á la compasión, que no tiene derecho más que á la burla y al escarnio...! ¡Vete, María, vete!... En este momento estamos solas, pero si alguno te viera aquí conmigo, te comprendería en sus desprecios y sus risas por haber tenido lástima de mi dolor y de mi llanto!... ¡Déjame!... una mujer como yo, debe estar abandonada, proscrita de la sociedad, en medio de ella, sin amparo, sin refugio... cuando más con el consuelo de sus lágrimas! En otro tiempo podía yo presentarte mi frente para que la

besaras; pero, ahora, tengo miedo de que hasta tú, mi hermana, me desprecies al leer en ella este nombre maldito que la cubre. ¡¡Ayer!!

(Alza la cabeza cubriéndose luego la cara con las manos.)

- Mar. ¡Eugenia!
- Eug. ¡Sí, hasta tú, María, lo único que me queda ya sobre la tierra!
- Mar. ¡Y David!... ¿Por qué le olvidas?
- Eug. Ah! es cierto... tú no sabes lo que esta tarde ha sucedido.
- Mar. ¿Qué ha sucedido? Acaba.
- Eug. David...
- Mar. ¡Concluye!
- Eug. ¡Ha olvidado el nombre de su esposa para llamarla Margarita!
- Mar. ¡Margarita!
- Eug. Sí, y después, cuando comprendió todo el mal que me había hecho, en un arrebato de pasión, cojió mis sienes entre sus manos con vulsas para besarme, y cuando yo esperaba sobre mis cabellos el contacto de sus labios, le ví retroceder como horrorizado, desistiendo de su idea! ¡Ah! María! Tú ni siquiera puedes figurarte lo horrible que es un desprecio que viene del que se ama; tú ni siquiera puedes figurarte cuánto se encierra en eso de desgarrador y terrible. *(Llora.)*
- Mar. ¡Vamos, amiga mía! Cálmate, no llores ni te desesperes; si sufres mucho, mi corazón, al menos, jamás te negará ni el cariño que te debe, ni una

- Eug. palabra de consuelo en tus pesares
 ¡Gracias, con el alma gracias!
 Mar. Quizá no estén muy lejano el término
 ni el remedio. . . .
 Eug. Sí, en la tumba!

ESCENA X.

DICHAS, DAVID, MANUEL, ANTONIO, *y después* UN
 CRIADO.

- Man. ¡Bah! querido David, fuerza es que te
 convenzas. No debes tomar á pechos
 un asunto que en nada te concierne.
 Dav. (*Sombrio.*) ¿Qué en nada me concierne?
 Mar. ¿Qué sucede, Antonio?
 Eug. ¿Manuel, de qué se trata? (*Con interés.*)
 Ant. Cualquiera cosa, señoritas; ha oído
 David, en un grupo, murmurar de
 una joven que se halla en este baile,
 y ha salido á su defensa.
 Mar. ¿Y qué decían?
 Eug. Sí, ¿y cómo se llama?
 Ant. Yo no oí su nombre, si es que lo dije-
 ron. Nosotros (*Señalando á Manuel.*) lle-
 gamos cuando refiriéndose á sus an-
 tecedentes, opinaban que su esposo
 hacía muy mal en traerla á tertulias
 como ésta, de personas honradas y de
 educación.
 Man. Eso ha sido todo; pero este David,
 con su genio quijotesco ha querido
 probarles que en algunas circunstan-
 cias la mujer es perdonable en sus de-
 bilidades y en sus extravíos, y que...
 Criado. (*Entrando.*) Me han dicho que traiga es-
 ta carta.

- Ant. [Ha llegado la hora.]
 Criado. Es del amo de la casa.
 Dav. ¿A quién te dijo que la dieras?
 Criado. (*Señalando á Eugenia.*) ¿La señora se lla-
 ma Margarita?
 Dav. (*Reprimiéndose.*) La señora se llama Eu-
 genia.
 Criado. Eso es, sí, pues entonces es para la
 señora. (*Se la da y se retira.*)
 Man. (*Pues, señor, no entiendo una palabra.*)
 Eug. ¡Dios mío! ¿Qué contendrá esta carta?
 [*La abre y la lee aparte.*]
 “Señora: su nombre y su reputación
 “corren ya de boca en boca entre los
 “convidados; si usted quiere evitarse
 “y evitar á su esposo una vergüenza,
 “me atrevo á suplicarla que abando-
 “ne mis salones, tal vez muy peligro-
 “sos para usted.”
 (*Eugenia permanece como petrificada, viendo
 á David que le arrebató la carta, sin que ella
 oponga resistencia. David recorre el papel, y
 se lanza sobre Eugenia, deteniéndose en el mo-
 mento casi de tocarla.*)
 Dav. Tú! no!... yo... la fatalidad!
 (*Sale precipitadamente entre los demás que le
 abren paso. Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.